

Antonio Moreno C., Pbro.
Secretario de la Facultad de S. Teología
Univ. Cat. de Chile.

EL MISTERIO DE LA PALABRA DE DIOS

El llamado renacimiento bíblico es, en nuestra patria, cosa de nuestros días. El interés creciente por este tipo de estudios en los grandes centros de teología y de pastoral ha repercutido entre nosotros traído por libros y revistas que conceden a los artículos bíblicos una importancia cada vez mayor. Tal literatura, como inundación benéfica, ha desarrollado de manera notable la preocupación bíblica en lo teológico (mayor interés entre los estudiantes de teología por una teología bíblica), en lo espiritual (búsqueda de una espiritualidad evangélica) y en lo pastoral (predicación bíblica, círculos de evangelio, etc.)

A Dios gracias, estamos lejos de aquellos tiempos en que la mayor parte de los seminaristas llegaban a la ordenación sin haber leído la Biblia completa.

Siendo éste el hecho, podemos preguntarnos cuál es su *significado*, y cuál la *condición* de su autenticidad en el conjunto de la vida cristiana, de la que dependerá que este movimiento no se convierta, en último término, en moda pasajera de una "élite" más o menos especial.

Se ha hecho notar que, en la Iglesia Católica, la renovación bíblica va pareja con el movimiento litúrgico. En la Liturgia palpita la vida misma sobrenatural de la Iglesia. En ella su enseñanza va unida a su vida sacramental. En la Liturgia los padres predicaban, el pueblo cristiano oraba y recibía los sacramentos; la comunidad del Pueblo de Dios se reúne allí no solamente a "aprender", a instruirse como quien lo hace en una cierta filosofía, o en una moral, o a realizar ciertas "prácticas de piedad", sino a crecer en Cristo como miembros de su Cuerpo Místico y ciudadanos del Reino de Dios.

Eso es lo que la pastoral moderna trata de vivificar. No que esté muerto (si lo estuviese estaría muerta la Iglesia misma) sino que ha sido necesario reavivarlo como se reaviva una llama purificándola de todas las cenizas e impurezas que, por descuido, se han ido acumulando y que impiden la libre combustión porque son elementos incombustibles, extraños, de poca calidad.

Es significativo que al tratar de reavivar todo ello se llegue connaturalmente a la Biblia.

Precisamente esta Revista tiene como título y programa "Teología y Vida". Se trata de esa plenitud de Vida que es la Vida Cristiana como participación de la divina. Si la Teología no es un mero juego de la inteligencia a propósito de las verdades reveladas, sino que trata de llegar a la comprensión más clara y luminosa de la Revelación, no sería concebible que dejase de lado la Revelación por excelencia, la Sagrada Escritura que llamamos, precisamente, Palabra de Dios.

LA PALABRA DE DIOS.

El sentido de la actual preocupación bíblica parece ser que los cristianos volvemos a tomar conciencia de lo que es la Palabra de Dios. Dodd, uno de los buenos exégetas ingleses protestantes modernos, dice: "La expresión (Palabra de Dios) es evidentemente una metáfora... pero una metáfora singularmente apropiada que difícilmente puede ser reemplazada. Por medio de palabras, y normalmente por ningún otro medio, una persona puede influir en otra sin quebrantar su independencia personal... Si yo le hablo y él oye, entonces, necesariamente, él da algún tipo de respuesta, aunque sea negativa o aunque me ignore. A él corresponde determinar la respuesta en particular. En todo caso queda afectado por lo que yo hablé y él oyó, al mismo tiempo que su libertad queda intacta. Una conversación entre dos personas es un acontecimiento en la vida de ambas y, en ciertas circunstancias, puede ser un acontecimiento del que broten consecuencias incalculables en el mundo de los hechos concretos" (1).

Si hay una Palabra de Dios es porque hay un Dios que habla, que se revela, que establece con el hombre una relación Tú-Yo. La Palabra que Dios dirige a un hombre coloca a éste en una situación determinada, de tal manera que lo que haga en adelante, tendrá un sentido muy especial: será un asentimiento o una negativa a esa Palabra. Si la Palabra es dirigida a la humanidad, es la historia misma la que cobra ese sentido, dejando de ser un "mero recuerdo de sus crímenes, vicios y locuras" como alguien la ha definido (2).

LA PALABRA DE DIOS EN LA CREACION

Dios crea por su Palabra (3) y esa creación es, a su vez, una Palabra de Dios. El fin de la creación es el hombre, como se desprende claramente de las dos narraciones del Génesis (4) y aquella, además de ser el lugar donde habitará y los medios de que dispondrá para lograr su finalidad, contiene un mensaje, un llamado a pasar más allá de la superficie de las cosas y llegar a su creador, Dios (5). De ahí en adelante la historia se nos presenta como la larga aventura de la Palabra de Dios entre los hombres. Aventura porque el hombre podrá no escucharla; pero en ello es "inexcusable" (Rom. 1,20; Sap. 13,1.5.8.9). Esa Palabra es, al mismo tiempo, una revelación y un llamado: una revelación que se va haciendo cada vez más clara, más explícita; un llamado que va tomando carácter cada vez más urgente, más trágico, más trascendental.

(1) Dodd, *Bible To-Day*, Cambridge. 1956, pp. 104-105.

(2) Citado por Dodd, *ibid.*, p. 136.

(3) Notar en Gen. la repetición de la expresión "Dijo Dios..." en su obra de creación. En V.T. Potencia creadora de la Palabra de Dios: Is. 40, 26; 44,24ss.; 48,13; Ps. 33, 6; Ecc. 42,15; 43,25 ss. Por fin en Jo. 1.: "En el principio era el Verbo... todo fue hecho por él..."

(4) Gen. 1,1-2,4a y 2,4b-3,24.

(5) Rom. 1,19ss.; Sap. 13,1-9; Ecc. 17,8.

LA PALABRA DE DIOS EN ISRAEL

Dios no se limita a hablar a los hombres por medio de la naturaleza. Habla a Abraham y éste, así como su descendencia, quedan comprometidos. Aunque quiera sustraerse al compromiso (la historia de Israel nos muestra tentativas en ese sentido), "ignorarlos", es imposible. La Palabra está dicha, la gestión de Dios ya comenzó. En adelante no dejará de hacerse oír para exigir, prometer, amenazar con la ruina que seguirá en caso de negarse a ella. Moisés, dirigiéndose al Faraón en nombre de Dios, introduce esta forma de la Palabra de Dios. Moisés es un profeta (Os. 12, 14; Dt. 18, 15-21), el primero de aquellos escogidos por Dios para continuar por medio de ellos su relación personal con los hombres: "colocaré en su boca (del profeta) mis palabras y él les comunicará todo cuanto yo le mande. A quien no escuchare las palabras que él dirá en mi nombre, yo le pediré cuenta" (Dt. 18, 18s).

Israel tiene clara conciencia, como lo muestra la tradición bíblica, de esta situación dialogal en que se encuentra el hombre (y él especialmente). *Hablar* (decir), *escuchar*, son términos que se repiten con notable frecuencia en la Biblia y que están en toda la trama de esas narraciones de Gen. I-III que explican, precisamente, la situación trascendental del hombre.

Este diálogo en que está empeñado el hombre tiene un carácter, para él, eminentemente salvador. A los ojos del autor bíblico el hombre es un ser esencialmente *dependiente*, cuya salvación no se concibe sino como *recibida*. Aunque no la posee en virtud de su propia naturaleza, Dios lo ha creado, sin embargo, en posesión de la Vida. A esa primera Palabra creadora de Vida sucede otra dirigida ahora al hombre ya creado, que coloca esa misma Vida frente a su libre elección: *Dios dijo*: "no comas de ese árbol si quieres vivir". La Palabra de Dios se dirige ahora a alguien, a un tú distinto de Dios. Sigue siendo una palabra de salvación que, porque dirigida a un ser libre y porque no se trata de ninguna manera de una salvación de tipo gnóstico fundada en el mero conocimiento intelectual sino en una actitud total y en un movimiento de vida, dicho por la misma Palabra que creó, que hizo florecer toda vida. Es una Palabra de Padre y hay una cierta insistencia del texto en ese sentido cuando nos muestra a Dios *diciendo*: "no es bueno para el hombre estar solo..." o vistiéndolos, pecadores, y después de haberles prometido salvación, con solicitud verdaderamente paternal.

Pero hay otra palabra. "Y la serpiente *dijo*..." También ésta ofrece la salvación. También esta salvación depende de algo que hay que hacer confiando en la palabra del que la ofrece pero está colocada exactamente en el polo opuesto de la que Dios ofrece. "Dios os engaña, la vida no está en no comer sino en comer del árbol..."

Si el hombre *escucha* (semíticamente, obedece, acepta) esta palabra, corta el diálogo con Dios. Es lo que Adán y Eva han hecho. Dios reprocha a Adán haber escuchado la voz de su mujer (Gen, 3,17), que es la de la serpiente. Reanudar el diálogo divino significa cortar el diálogo con la serpiente, volverse hacia Dios, *convertirse*; es el sentido de la penitencia (metánoia) bíblica.

En este diálogo, por su misma naturaleza, la palabra del hombre no puede ser sino un *sí* dicho con amor o un *no* de rebeldía para volverse al otro interlocutor.

Cuando el hombre, en la Biblia se dirige hacia Dios, cuando le lanza su palabra de hombre con un "escucha oh Jahve", es para decirle que salve, que está dispuesto a dejarse salvar, que ha "vuelto de sus iniquidades", que se convierte, que hace penitencia. (cf. Oración de Daniel. Dan. 9,3-19).

Las primeras páginas del Génesis nos declaran, por lo tanto, dónde se encuentra la auténtica Palabra salvadora y cuál es el carácter íntimo de los mandamientos: "palabras de Jahve que apelan a la conciencia y al sentimiento de responsabilidad ante Dios que impone obligación" (6), pero palabras que brotan del amor de Dios padre.

LA PALABRA DE DIOS EN JESUCRISTO

"Después de haber hablado Dios, en muchas oportunidades y de diversas maneras, a los Padres por los profetas, en estos días, que son los últimos, nos ha hablado por el Hijo..." (Hebr. 1,1s).

El Antiguo Testamento, aunque revelación de Dios, es una revelación imperfecta, no únicamente en el sentido de "no realizada", sino también en el de "incompleta", de palabra no totalmente dicha. Una de las características más importantes del actual movimiento bíblico consiste en el reconocimiento de que la revelación de Dios se realiza en la historia y progresivamente. Dios se va manifestando en acontecimientos históricos, en diversos momentos u oportunidades (*kairói*) que son, por así decir, los puntos de apoyo de toda la Historia de la Salvación (7).

Jesús es el "*kairós*" definitivo. El es la revelación perfecta del Padre, "imagen radiante de su gloria, imagen expresa de su substancia" (Hebr. 1,3). En El se manifiesta esa "*doxa*" de Jahvé, el "*Kabod*" (8) misterioso pero presente en el Antiguo Testamento, en el Tabernáculo y en el Templo. Gloria de Dios que está presente y obra: manifiesta la presencia divina, dirige y salva en el Exodo (la nube y la columna de fuego) (9), en el Templo (10), en María (11). Es esa Gloria de Dios la que se manifiesta finalmente en Jesucristo (12) que es el verdadero Templo de Dios (Jo. 2,19; cf. Mt. 12,6), por lo cual puede decir: "Felipe, quien me ha visto ha visto al Padre..." (Jo. 14, 8ss); "Las palabras que os he dicho son espíritu y vida" (Jo. 6,63) (13); "Si me conociéreis conoceríais también a mi Padre" (Jo. 9, 19); "Yo os digo...", "en verdad os digo..." Jesucristo es el Verbo.

(6) Klostermann, *Der Pentateuch*, II (1907) p. 515.

(7) Cabe hacer notar aquí la moderna insistencia en el concepto de "Historia de Salvación". De entre la mucha literatura al respecto se puede destacar: O. Cullman, *Christ et le Temps*, Delachaux et Niestlé, 1947. S. Dietrich, *Le Dessein de Dieu*, id., 1954.— Id., *Le renouveau Biblique*, id., 1949. Charlier, *Lectura Cristiana de la Biblia*.— Biblioteca de Estudios Pastorales (Colaboración), *La Biblia y el Sacerdote*, Desclée, 1957.—

(8) La "Gloria de Dios" (hebr. "*kabod*", gr. "*doxa*") es la manifestación de la esencia y resumen de las cualidades divinas. cfr. Ex. 16,7; 40,34; Rom. 9,4; 6,4. etc.

(9) Ex. 13,20-22; 14,19; Num. 9,15ss. (la nube está sobre el Tabernáculo donde "habita" Dios, cfr. Ex. 25,8).

(10) 1 Reg. 8, 10ss.; El Templo es morada de Jahvé. 2 Chron. 5,13s.

(11) Lc. 1,35. "*episkiasel*" (obumbravit), término que la vers. de LXX usa en Ex. 40,35 y Num. 9,22, de la Nube sobre el Tabernáculo.

(12) Jo. 1,14; 2,11; Mc. 9,7; Mt. 17,5; Lc. 9,34.

(13) Es decir: "sus palabras revelan una realidad divina". Nota a este lugar en *Sainte Bible de Jerusalem*.

La Encarnación viene a ser así la culminación de las distintas intervenciones salvadoras de Dios. Que esos distintos "momentos" son verdaderamente salvadores y constituyen otras tantas manifestaciones de Dios es lo que están encargados de decir claramente los profetas, los hombres del Espíritu. Jesucristo es también un acontecimiento histórico que necesita ese tipo de interpretación profética. Ella será dada por El mismo (v. gr. Lc. 24, 25ss), que posee la plenitud del Espíritu Santo (Mc. 1,20; Jo. 1,32s.), y, después de su Ascensión, por el mismo Espíritu. (Jo. 14,16,26; 15,26.s).

Tal interpretación nos dice que Jesús, su muerte y su resurrección, es el acontecimiento definitivo en el orden de la salvación, que está en el centro de la historia, que es el profeta por excelencia puesto que en El encontramos la interpretación verdadera, divina, de los acontecimientos que lo precedieron, de los que El mismo protagonizó y de los que le siguen (14). La Historia de la Salvación resulta ser, en definitiva, la de la Encarnación en su preparación, realización y consecuencias. Como lo han mostrado autores modernos como De Lubac, Danielou, Guillet (15), el cristiano lee el Antiguo Testamento a la luz de Cristo, y es eso lo que orienta los esfuerzos de la exégesis patristica, tanto de la de Alejandría como de la Antioquena, a saber, buscar el sentido cristiano de la Biblia, eso que un autor ha llamado "la Harmonía de los dos Testamentos" (16). Esa primera exégesis está animada por el convencimiento de que Cristo transfigura la historia, de donde esa sensación de novedad en comunidades formadas en gran parte por judíos que no habían cesado de meditar, sin embargo, en los profetas. Como dice De Lubac, "antes de saber quién era Cristo era imposible saber quién debía ser" (17).

LA PALABRA DE DIOS EN LA IGLESIA

La revelación de Dios termina con el período apostólico, pero en la Iglesia, órgano infalible de transmisión de esa verdad revelada, la Palabra sigue presente en el mundo de una manera viva, actual, infalible, segura, clara para todos y no como palabra de libro, escrita de una vez para siempre y entregada a las interpretaciones humanas (18). Tal es el valor de la tradición y su relación con la Sagrada Escritura. No se trata de algo añadido a la revelación bajo forma de glosa, comentario o interpretación, sino da la trasmisión viva de la revelación. Esta trasmisión viva, oral, la proclamación del "kerygma" por la Iglesia, es también Palabra de Dios. Dios "manifestó a su debido tiempo *su palabra* por la predicación (en kerygmata) a mí con-

(14) Las profecías se refieren a El. Lc. 4,21; en Mt. passim. en Act. 2,16; 3,24, etc. Interpreta su pasión y su muerte, Lc. 24. Los acontecimientos futuros de la ruina de Jerusalén, obra de la predicación, persecuciones, extensión de la Iglesia, tienen un sentido cristológico. cfr. Mc. 13, 9.10-13.23; Mt. 5,10.11; Mc. 16,15ss.

(15) De Lubac, *Histoire et Esprit*, Paris, 1950; id., A. Propos de l'Allegorie chretienne, *Rech. Sc. Rel.*, 1959, pp. 5-43. Danielou, *Dios y Nosotros*, Madrid, 1957. cfr. c. IV. Guillet, Les exégèses d'Alexandrie et d'Antioche, *Rech. Sc. Rel.*, 1947, pp. 257-302. Véase también Charlier, *Lectura Cristiana de la Biblia*.

(16) Coppens, *Nouvelle Revue Theol.*, 1948-1949-1952.

(17) *Histoire et Esprit*, p. 441.— H.U. von Balthasar, La Palabra en la Historia, *Orbis Catholicus*. N.º 1. pp. 12-13).

(18) Ver en Danielou, *op. cit.* pp. 141-154 la discusión de la posición de O. Cullman respecto a tradición.

fiada . . ." dice S. Pablo (Tit. 1,3), predicación que él mismo recibió por tradición (cf. Rom. 1,1; 1 Tim. 1,1.11; 1 Cor. 15,3 ss.)

LA PALABRA DE DIOS COMO JUICIO

Hemos dicho que la Palabra de Dios, esa que se nos dice por medio de los profetas y por medio de Cristo y su Iglesia, interpreta una situación o un hecho en su verdadero sentido. Un caso bien característico de esta perspectiva profética de la historia es, v.gr., el de los libros de Jueces y Josué. "Si escuchas los mandamientos de Dios, si amas a Dios y caminas por sus caminos, Jahvé tu Dios te bendecirá . . . si tu corazón se desvía . . . perecerás ciertamente". (cf. Jueces, 2,11-23; comp. con Dt. 30,15-20). La historia de Jueces y Josué fue escrita desde este ángulo deuteronomista, de profunda influencia profética. Los éxitos son bendiciones de Dios que corresponden a una recta actitud frente a su Palabra (los mandamientos), mientras que sus fracasos y derrotas son el resultado de su negativa ante ella. La Palabra cobra de esa manera un valor de *juicio* en la historia. Se decide de la bondad o malicia de las acciones de los hombres en relación con esa palabra que les ha sido dirigida, que es como una espada aguda, penetrando, capaz de discernir, analizar y juzgar el valor moral del hombre, sus intenciones más secretas y complejas. (Sap. 18,14-16; Hebr. 4,12; Apoc. 19,11-14) (19).

Por eso Cristo, que es el Verbo de Dios, juzga al mundo. No sólo al final de los tiempos sino ahora: "el que cree en él no es condenado; el que no cree ya está condenado . . ." (Jo. 3,18; cf. 12,31).

EL SACERDOTE Y LA BIBLIA

Eso es lo propio de la Biblia. Contiene la revelación de Dios en su proceso histórico. No como en un catecismo o en un texto sistemático sino como la afirmación de un hecho: que Jesús es el Señor. La misión del sacerdote, como la de los apóstoles, será siempre dar testimonio de ese hecho, provocando en cada hombre el encuentro con la Palabra de Dios y exhortándolo a dar la respuesta justa. La historia de la humanidad en su relación con Dios se repite de una u otra manera en cada hombre y eso es lo que tenemos de una manera muy vital en la Biblia. Al desconectar la predicación de la fuente bíblica perdemos de vista, con suma facilidad, que el problema del hombre es el de su actitud ante Dios que llama y cuya Palabra viva, creadora, obra lo que dice en aquel que no se cierra a ella (Rom. 1,16), razón por la cual esa predicación se vuelve intelectualista y moralista en un sentido a veces muy natural. Debido a eso mismo hemos despojado a la fe, que ocupa un lugar fundamental en la revelación bíblica, de su contenido de confianza, aceptación vital y entrega que allí tiene junto con el de aceptación intelectual, lo que no ha dejado de tener consecuencias funestas para la vida de muchos de nuestros cristianos.

(19) Leer al respecto las páginas notables de Butterfield, *El Cristianismo y la Historia*, Lohlé, B. Aires. 19 pp. 60ss. cfr. Danielou, op. cit., 105s. Ver también H.U. von Balthasar, loc. cit. pp. 8-11.

El sacerdote, fuera de su relación con el sacrificio de Cristo, es también ministro de la Palabra, y la Palabra que debe anunciar es el "euangelion", la buena nueva que Jesús es el Cristo, el Mesías, anunciado por los profetas, que manifestó con sus milagros la llegada de los tiempos mesiánicos, que murió por nuestros pecados, que resucitó y subió a los cielos desde donde ha de venir a juzgar (20). Es el misterio de la Piedad (1 Tim. 3,16; Efes. 1,3-14), "el secreto de Dios relativo a la salvación de los hombres" (21), misterio que, en definitiva, es Jesucristo "que se ha manifestado en la carne, ha sido justificado por el Espíritu, ha sido mostrado a los ángeles, proclamado entre los paganos, creído en el mundo, llevado a la gloria" (1 Tim. 3,16). "Un sacerdote, dice el P. Spicq, no está al servicio de la Iglesia sino para recibir su comunicación, instruirse en él y luego revelarlo a los hombres aplicándoles toda su potencia salvadora" (22).

Permítasenos todavía, para terminar, otra cita, esta vez del P. Hans Urs von Balthasar: "lo mismo que la eucaristía, dice, no es simple recuerdo de una cosa pasada, sino perpetua reactualización del Cuerpo del Señor y de su sacrificio, así la Escritura es menos historia que forma y vehículo de la Palabra de Dios emitida sin cesar y ahora mismo. Si la existencia humana, comprendida en profundidad, es un diálogo con Dios, y si en ese diálogo la Palabra de Dios al hombre importa infinitamente más que la palabra del hombre a Dios, si la respuesta humana no puede ser exacta sino a partir de una constante audición de la Palabra (contemplación sería mejor decir aquí que audición); si, más aún, Dios ha dicho de una vez por todas en Cristo lo que tenía que decir al hombre (Hebr. 1,1), de manera que para el hombre no queda sino reconocerse y apropiarse los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que están ocultos en Cristo (Col. 2,3), si, por fin, la Sagrada Escritura no es sino el testimonio divino de Cristo, entonces, su lectura y su meditación debe ser para mí el medio más seguro de discernir la voluntad concreta de Dios sobre mi vida y mi destino tal cual Dios lo concibe" (23).

La Palabra de Dios, con sus características de revelación del misterio salvador de Dios, de iluminadora de la historia, de llamado personal comprometedor, sigue resonando en el mundo hoy día gracias a la predicación de los apóstoles que, por otra parte, tienen el poder de aplicar la eficacia salvadora del misterio que predicaban. He ahí, como dice el P. Hitz, "el misterio magnífico de nuestro apostolado" (24).

Mientras para algunos (Sartre) la existencia es desesperada porque el "silencio" de Dios es la prueba de su "muerte" y para otros (Buber) no queda otra solución, frente al período de "ocultamiento" de Dios que estaríamos viviendo, que acatar y tratar de comprender su significado, para el cristiano no existe tal "silencio de Dios" como período histórico, sino que estamos en el de la plena manifestación

(20) Es el esquema de la primera predicación apostólica claramente discernible en los sermones de S. Pedro, v. gr. en Act. 2,14ss.; 3,12ss.; 10,35ss.

(21) Spicq, *Spiritualité Sacerdotale d'après S. Paul*, Paris, 1950, p. 16.

(22) *Ibid.*, p. 17.

(23) Cit. por De Lubac, *Histoire...* p. 437s.

(24) *L'Annonce Missionnaire de l'Évangile*, Paris, 1954.

del Misterio divino en Cristo que es el Verbo de Dios Encarnado (25). Escucha a Dios, hoy día, el que acepta a Jesucristo en su Iglesia, que es la continuación de su misterio (Efes. 1,23; Col, 1,18).

-
- (25) Ver Martín Buber, *Eclipse de Dios*, B. Aires, 1955, pp. 60ss. Cita a Sartre, *Situations I*, que dice "Está muerto (Dios) antes nos hablaba y ahora está en silencio, todo lo que tocamos ahora es su cadáver". Y Buber mismo "Preguntémonos si no puede ser literalmente cierto que antes Dios nos hablaba y ahora se mantiene en silencio, y si esto no ha de entenderse como lo entiende la Biblia hebrea, es decir, que el Dios viviente no sólo es un Dios que se revela, sino un Dios que también se oculta. (cita Is. 45,15). Comprendamos lo que significa vivir en la edad de semejante ocultamiento, semejante silencio divino..."
Cristo da una nueva perspectiva a la "Biblia hebrea".

VERBUM DEI PERFECTUM

"En darnos, como dio a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló (Dios) junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene más que hablar".

S. Juan de la Cruz, Subida del Monte Carmelo, L.II, cap. 23.

THEOLOGUS, VIR IMPOSSIBILIS

"El escritor teológico tiene hoy una ardua tarea. El estudioso más asiduo —escribe John F. Sweeney—, corre el peligro de ser tragado por el torrente de obras teológicas que amenaza hundirnos a todos. Un escritor debe enfrentar nuevos lexicons, diccionarios, enciclopedias, nuevas ediciones, nuevos descubrimientos de documentos, nuevas traducciones, libros especializados, monografías, disertaciones y artículos. Hay libros enteros acerca de un texto de la Sagrada Escritura, libros enteros acerca de aspectos particulares de casi cada escritor antiguo, baterías de obras sobre teología medieval, disquisiciones exhaustivas sobre las actas de Trento, y, prácticamente, bibliotecas llenas de teología "moderna", inclusive la no-católica. El "dogma" no es independiente de la filosofía, la historia, y el derecho canónico, la moral, la liturgia, la ascética y la historia comparada de las religiones". B. Leeming, S.J.